



De política y cosas peores

CATÓN\*

## Marchas

Un hombre iba corriendo por la calle vestido únicamente con camiseta y calzoncillo. Lo alcanzó otro que también corría y le preguntó: “¿Maratón?”. “No -respondió el tipo acelerando la carrera- Marido”... Babalucas fue a cazar osos blancos en Alaska. Antes de salir del campamento pintó de blanco sus botas. “¿Por qué haces eso?” -le preguntó con extrañeza el guía. Contestó el budaque: “Para no dejar huellas en la nieve”... Sherlock Holmes le dijo a uno de los invitados a la fiesta: “Usted tiene en su casa una criadita joven y bella que se baña todos los días”. “¡En efecto! -se asombró el individuo-. ¿Cómo supo eso?”. Respondió el genial detective: “Trae usted marcado en la cara el ojo de la cerradura”... Don Algón le ordenó a su curvilínea secretaria: “Tómame el día, Rosibel. Hoy tengo mucho trabajo”... Simpliciano, joven ingenuo, casó con Gordoloba, muchacha abundosa en carnes, pues pesaba más de 15 arrobas. (Nota de la redacción: Cada arroba equivale a 11 kilos 502 gramos. Aun quitándole los 2 gramos es bastante). A la mitad de la noche de bodas sonó el teléfono de la habitación. Era la mamá de Simpliciano, preocupada por su hijo. “¿Cómo estás, Simpli? -le preguntó con maternal solicitud-. ¿Van bien las cosas?”. “Sí, mamá -respondió él-. Ya casi estoy llegando a ese lugar que me dijiste”... El reverendo Rocko Fages, pastor de la Iglesia de la Tercera Venida (no confundir con la Iglesia de la Tercera Avenida, que permite a sus miembros cometer adulterio a condición de que lo hagan con la debida discreción), organizó un servicio testimonial en su templo: todos los pecadores proclamarían sus culpas públicamente, y manifestarían su propósito de cambiar de vida. Se levantó una joven. “Hermanos -dijo-, soy una pecadora. Cada día me acuesto con un hombre distinto. ¡Pero les juro que voy a cambiar!”. Todos aplaudieron y lloraron, conmovidos. Se puso en pie otra hermana. “Yo también soy presa de la lujuria -dijo-. Me entrego al primer hombre que me solicita. ¡Pero les juro que voy a cambiar!”. Nuevos aplausos y llanto general. Llevada por la emoción se levantó Celiberia Sinvarón, madura señorita soltera. “Hermanos -manifestó conmovida-. Yo nunca he cometido el pecado de la carne. ¡Pero también les juro que voy a cambiar!”... Aquella señora, esposa de un político, platicaba con una vecina suya que había llegado de un país de Oriente. Le dijo: “Mi marido anda muy emocionado: el mes próximo tendrá una elección”. Respondió la oriental: “No entiendo. El mío tiene una elección todas las noches, y tan tranquilo”. (No le entendí)... En lo que hace a marchas, manifestaciones, bloqueos y plantones la Ciudad de México está ligeramente jodidísima. Los dos gobiernos que

## ENCUENTRO PAPAL



### Mirador

ARMANDO FUENTES AGUIRRE

¿De quién estaría enamorado Dios cuando inventó el color de la jacaranda? Igual a ese color no hay otro: he pensado que el color jacaranda se escapó del Paraíso para que los humanos tuviéramos idea de las hermosuras que había en ese edén.

El avión desciende con lentitud en el aeropuerto de la Ciudad de México, y la urbe es como una larga y florecida jacaranda. Se diría que a la Capital le aparecieron

ojeras después de una noche de voluptuosidad.

Jacaranda. Bello color y hermoso nombre construido con andamiaje de aes. Decirlo es como cantarlo: “Jacaranda, canción en A mayor”.

Cuando amanezca la otra vida tiene que amanecer color de jacaranda, que es femenino color. Abriré yo los ojos, miraré esa ojera de entre azul y buenas noches, y sabré que me he salvado para siempre.

¡Hasta mañana!...

## Manganitas

AFA

“Se prepara México para la próxima Olimpiada.”

En México, por desgracia, según las cosas ya vistas, hay muy pocos deportistas y exceso de burocracia.

conviven incómodamente en la Capital, el local y el federal, se culpan uno a otro de los mil inconvenientes, molestias y perjuicios que esas indebidas acciones causan a los habitantes de la Capital, y nadie hace absolutamente nada para preservar el derecho de los muchos ante la burda acometida de los pocos. El Jefe de Gobierno del Distrito Federal, Marcelo Ebrard, suele decir al hablar de esas manifestaciones: “Es el precio que se paga por vivir en la Capital”. Casi creí escuchar un hondo suspiro salido de sus labios. ¿De modo que el precio que deben pagar sus habitantes es la ilegalidad? ¿Cómo es posible que cientos de miles de capitalinos sufran todos los males que derivan de las ilícitas acciones de unos cuantos? A veces basta medio centenar de individuos e individuos para cerrar una avenida importante y paralizar el tráfico en ella. He ahí una de las más evidentes formas en que se manifies-

ta nuestro subdesarrollo. He ahí una evidencia más, entre las muchas que se nos presentan, de que México no es un Estado de Derecho, sino uno bastante chueco, si me es permitido el deplorable juego de palabras. Es un lugar común decir que el derecho de unos tiene como límite el derecho de otros. Es permisible protestar, pero sin que la protesta sea causa de la protesta de otros. Si la autoridad no pone límite a esos abusos, entonces es que no hay autoridad. El otro día perdí por causa de una de esas manifestaciones una cita importante en la Ciudad de México. Y eso que estaba yo en Saltillo. Si hubiera estado en la Capital la habría perdido todavía más. Protesto entonces por esos abusos, y lo hago plantándome aquí e interrumpiendo esta columna. Y más no digo, porque estoy muy encaboronado. FIN.

\*El autor es licenciado en Derecho y en Lengua y Literatura Españolas, y cronista de Saltillo.



Otra cara de la política

JOSÉ WOLDENBERG\*

## La muerte de un escritor

Me parece curioso. Pereira era el encargado y único colaborador de la página cultural del periódico vespertino Lisboa. Viudo, sin hijos, gordo, católico, era además un hombre previsor. Cuando conoce a Monteiro Rossi, le propone que se haga cargo de las glorificaciones póstumas de los escritores sobresalientes. Le dice: “sencillamente porque en un periódico hay que escribir los elogios fúnebres de los escritores o una necrológica cada vez que muere un escritor importante, y las necrológicas no se pueden improvisar de un día para otro, hay que tenerlas ya preparadas, y yo estoy buscando a alguien que escriba necrológicas anticipadas para los grandes escritores de nuestra época, imagínese usted, si mañana se muriera Mauriac...” (Antonio Tabucchi. Sostiene Pereira. Anagrama. España. 1995).

Quien eso escribió hoy es sujeto de no pocas notas necrológicas. Y con razón. Algunas es probable que hayan sido, como sugería Pereira, escritas con antelación, otras repiten lo que aparece en las múltiples páginas de internet y muchas más han sido hilvanadas al calor de la muerte del escritor italiano. Pero hay que recordar que cuando Monteiro Rossi le entrega su primera nota, sobre la muerte/asesinato de García Lorca, el propio Pereira le ofrece una lección de lo que deben ser ese tipo de materiales: “...de un escritor no debe usted decir cómo ha muerto, en qué circunstancias o por qué, debe decir simplemente que ha muerto y después debe usted hablar de su obra, de sus novelas y de sus poesías, escribiendo una necrológica, claro está, pero en el fondo se debe escribir una crítica, un retrato del hombre y de su obra...”.

No paso por alto que esas indicaciones de Pereira están teñidas del miedo a publicar notas políticamente incorrectas a los ojos de la dictadura salazarista en el año 1938, pero vienen a cuento porque no ha faltado quien se detenga en el cáncer que condujo a Tabucchi a la tumba, lo elogio por sus críticas a Berlusconi o porque “sonó en diversas ocasiones para ser candidato al Premio Nobel de Literatura”.

Pereira, el personaje que aconseja sobre los homenajes póstumos, es un hombre apacible, solitario, trabajador. Vive en el pasado, en la lectura y la escritura, porque no es capaz de vislumbrar un futuro distinto. Ahora a su esposa muerta y habla con su retrato. Está dedicado a su oficio de periodista, pero ahora, viejo, ya no hace crónicas de actualidad, sino escribe sobre literatura. Ama a la literatura y a sus autores quizá porque un día escuchó de un tío decir que “la filosofía parece ocuparse sólo de la verdad, pero quizá no diga más

que fantasías, y la literatura parece ocuparse sólo de fantasías, pero quizá diga la verdad”. No le gustan las personas fanáticas, porque “el mundo está lleno de fanáticos”. Sabe en dónde vive y conoce los límites con los que se topa su labor: “su artículo es impublicable” es la fórmula sintética que utiliza para hacerle saber a Monteiro Rossi que ha transgredido la frontera imaginada de lo que se puede publicar bajo el manto de una dictadura. Es un periodista que pregunta al mesero amigo por lo que sucede en el mundo, especialmente sobre el transcurso de la guerra civil española, porque a los diarios portugueses no se les puede creer. “Por los periódicos no se sabe nunca nada”.

El escenario en el que se mueve Pereira es el de los años negros del ascenso del fascismo. En Italia, Mussolini; en Alemania, Hitler; en Portugal, Salazar y en España se asoma ya el triunfo de Franco. Observa afligido e impotente la agresión a una carnicería judía; los abusos de la policía política, el reinado de un estado autoritario. Lo espera el encuentro con un viejo amigo que resignado pontifica: “nosotros somos gente del Sur, Pereira, y obedecemos a quien grita más, a quien manda... nosotros siempre hemos tenido necesidad de un jefe, todavía hoy necesitamos un jefe”.

Es el contacto con dos jóvenes resistentes -Monteiro Rossi y una guapa muchacha- con los que sin querer queriendo entabla una relación, lo que sacará su rutinaria vida del carril previsto. Los jóvenes creen y actúan como si estuvieran escribiendo la historia, mientras Pereira piensa que “a esa bestia no se le puede domesticar”; pero aún así, atraído por ambos, les empieza a ayudar. Y el desenlace hará aparecer a otro Pereira, al hombre que estaba en él, en condición latente, al parecer agazapado esperando la oportunidad no sólo para tomar partido, sino para revelarse y develar el carácter persecutor y criminal del régimen.

Pereira es el que habla, el que cuenta, el que reconstruye la historia. Y alguien transcribe, “sostiene Pereira”. ¿Se trata de una declaración ministerial? ¿O acaso de la confesión ante un cura? O Tabucchi juega y ¿es un relato después de la muerte? A lo largo de la historia esa fórmula sirve para inyectarle tensión a la novela, una especie de thriller de nuevo cuño. No importa que al final esas preguntas queden en el aire, porque hemos leído “un libro serio, ético” como pensaba Pereira que eran los de Bernanos.

ATICO WOLDENBERG

Pereira nos instruyó sobre lo que deben ser las notas necrológicas de escritores destacados.

\*El autor es ex consejero presidente del IFE.